



# Chinchón, anís y toros

Por Enrique SORDO

**C**UANDO el pasado domingo un buen e inquieto amigo me dió la noticia, confieso que se me llenó la imaginación de recuerdos de literatura negra. La cosa en un principio no era para menos: se trataba de ir a una corrida de toros que se celebraba en Chinchón. La invitación—insoslayablemente tentadora—provenía de la familia Bienvenida; nuestros anfitriones serían don Manuel el «Papa Negro», noble jefe dinástico de este gran clan de finos lidiadores, y Angel Luis, uno de sus seis vástagos, cuya hospitalidad no solamente se ejerció una vez llegados al pueblo del aguardiente, sino que también fué manifiesta en el camino.

Sin vacilaciones, pronta e improvisadamente, se constituyó la caravana, ¡curiosa y magnífica combinación de elementos! Además de los maestros, que abrían la marcha templadamente, como en un paseillo motorizado, hicimos la aventura Ignacio Agustí, capitán de estas páginas; el pintor Durancamps, millonario en plástica y en locuaz humorismo; el siempre azacaneante periodista Marino Gómez Santos, tres damas bellas y gentiles—doña María, Angelines, Peny—y el que suscribe, que entre tanto renombre y tanta belleza no era nadie...

Discúlpennme ustedes este conato de eco de sociedad. Pero resulta necesario para entender el estado de ánimo de los viajeros, y el mio propio de manera especial.

Y ahora comienzan las sorpresas, mis sorpresas. Uno ha trotado por casi todos los caminos de España, desde las flébilis tierras del noroeste hasta el derramado sol de Andalucía; desde la virgiliana campiña catalana hasta el ejido inacabable de las dos Castillas. Pero todavía tiene mucho que descubrir. Por eso, una vez cruzado el tumultuario suburbio vallecano y los teso pelados y agrietados que rodean ese milagro parameno que es Madrid, abrimos atónitadamente las pupilas para saturarnos de un paisaje finísimo, inesperado en medio de la topografía carpetovetónica; el valle que el Jarama deja a un lado en esta zona; panorama finísimo, de vegetación ordenada y jugosa, de suaves cromatismos, de una plasticidad cómodamente ondulada. Las femeninas curvas de la carretera nos meten de pronto en Chinchón. ¡Extraño nombre éste, con su fonética rotunda, en un perfil de rectas de desordenadas! Las casas trepan y se pegan a los oteros en planos desiguales, y al fin, la plaza. La plaza en su doble sentido: ágora municipal y circo tauromáquico improvisado, como en los viejos tiempos de las justas. Inmediatamente, al entrar en el dorado albero, enjazzado con pabellones nacionales, la memoria libresca nos resta algo de la espontaneidad de la visión: literatura noventayochista, apóstrofes encendidos—y secretamente enamorados—de Eugenio Noel, apuntes negros y blancos de Solana, toques crudamente impresionistas de Regoyos, pinturas de Zuloaga. Todo ello en un momento, confusamente acumulado, desorientador en el fondo. La verdad es que muy pronto, en cuanto ahogamos el recuerdo literario en la realidad viva, todo aquello adquirió un color muy distinto. Allí había sol, un sol de oro viejo, regándose por los carros que cerraban el redondel, por los palitroques que ser-

vían de palcos, por la fachada de la encumbrada iglesia y por aquel asombroso emocionante cuadrado de casitas con balconajes corridos, colgados de banderas y rebosantes de un público nervioso y madrugador.

Si, allí estaban también los mozos, con su boinilla y su blusa negra, con la camisa limpia del «remudo» dominiguero, armados de sus tópicos y típicos garrotos. Los mozos, que no querían salirse del ruedo al empezar la lidia, que se colgaban de la barrera y que asomaban por debajo de ella como hurones en su madriguera. Allí estaban los mozos; pero más me parecieron los de Monleón, extrañamente poéticos en su carpetovetonismo, que aquellos otros que caricaturizan y remedan con tanta gracia satírica—y compasiva—mis admirados Herreros y Gila. Acaso fuera por el sol de otoño, o tal vez tuviese la culpa el caliente riego valdepeñero que amenizó nuestro yantar; a mí, os lo aseguro, no me parecieron tan tremendos. Ni siquiera cuando vociferaban rehusando la intersección de los picadores o cuando azuzaban y hostigaban a los toretes para que saliesen del chiquero. Había algo rudo, crudo, directo y sin remilgos en el aire; algo «intrahistórico», si me permitis la expresión unamuniana; pero nada terrible, ni hosco, ni brutal. ¡Es que los tiempos ejercen también aquí su obligada mudanza o simplemente se trata de la eterna distancia que media entre lo pintado y lo vivo? No sé; tal vez fueron mis ojos. O mejor dicho: nuestros ojos. Porque todos coincidíamos en lo mismo; y una elocuente prueba de ello son esos apuntes tomados «in situ» por con una caótica y paradójica armonía. Durancamps. No podréis ver en ellos nada aristado ni hostil, sino en todo caso un armónico desorden de líneas.

No estoy hablando de la fiesta taurina en sí. Es cierto. Y eso que la cosa tenía su enjundia; los nombres de Bohórquez, Aparicio, Bienvenida, Bernadó, Valencia, etc., son cumplida prueba de ello. Pero nosotros no habíamos ido a eso. Nosotros queríamos ver algo más; lo que había detrás de todo aquello. Las tierras y las gentes de España en su ambiente auténtico. La verdad de tanta literatura sobre el tema. ¿Lo conseguimos? No estoy seguro de ello. De todos modos luego, cuando nuestros coches regresaron a Madrid y los amenos campos se trocaron en polvo y afanes de suburbio, confieso que me senti algo desesperanzado. La aventura—aventura interior, quiero decir—terminaba allí, en una taberna arrabaletera, con niños jugando al fútbol. Unos kilómetros—yo diría unas leguas—y todo era distinto.



## DURANCAMPS

Rafael Durancamps, el gran pintor—residente ahora en Madrid para la inauguración de su exposición en las Galerías Cano—, ha tenido la gentileza de ceder a EL ESPAÑOL para ilustrar el artículo precedente, un apunte que tomó en el festejo taurino de Chinchón, y que es característico de su arte incisivo y elocuente. Agradeceamos vivamente al gran artista su magnífica aportación.